

ORIGEN DEL TANGO

Andrei IONESCU
aionescu@yahoo.com
Universidad de Bucarest

Resumen

Nadie quiere (ni podría) quitarle a la Argentina este “dolorido sentir” de la vida moderna que es el tango. Tal como lo conocemos hoy, en sus configuraciones más o menos estables, aunque en permanente renovación y enriquecimiento, el tango es - ¿qué duda cabe? – un fenómeno esencialmente porteño. ¿Cuántas ciudades en el mundo pueden enorgullecerse como Buenos Aires con una música y un baile tan identificadores como el tango? Se oye decir a cada rato, y con sobradas razones, que el tango es el ritmo que marca el ánimo y la cultura de los argentinos. Por algo se han escrito tantas historias de esta manifestación porteña por antonomasia y aún se han elaborado libros de filosofía en que el tango es estudiado como supuesto básico y estado latente de los gestos y los actos de los argentinos.

Palabras clave : tango, Argentina, passion, amor

Nadie quiere (ni podría) quitarle a la Argentina este “dolorido sentir” de la vida moderna que es el tango. Tal como lo conocemos hoy, en sus configuraciones más o menos estables, aunque en permanente renovación y enriquecimiento, el tango es - ¿qué duda cabe? – un fenómeno esencialmente porteño. ¿Cuántas ciudades en el mundo pueden enorgullecerse como Buenos Aires con una música y un baile tan identificadores como el tango? Se oye decir a cada rato, y con sobradas razones, que el tango es el ritmo que marca el ánimo y la cultura de los argentinos. Por algo se han escrito tantas historias de esta manifestación porteña por antonomasia y aún se han elaborado libros de filosofía en que el tango es estudiado como supuesto básico y estado latente de los gestos y los actos de los argentinos.

Mas no de esto me propongo tratar aquí, es decir de la argentinidad del tango, sino de su origen, más exactamente del origen de la voz *tango*. Bien sé que no es la primera (ni la última) vez que se intenta semejante hazaña, pero, en la atmósfera excitante que evoca el vocablo mismo, uno siente crecer en su pecho un impulso irrepresible de aceptar el desafío y asumir la obligación de mostrar su coraje.

No voy a pasar revista a las hipótesis etimológicas de esta palabra, que es, como pocas, de gran vitalidad, pero de origen oscuro. Admitiendo por principio una etimología múltiple, es decir aceptando la posible confluencia de varias voces provenientes de otras lenguas en la configuración fonética y semántica actual de la voz *tango*, que supongo mucho más antigua de lo que parece y que sólo en nuestro siglo empezó a aplicarse al baile de sociedad argentino. Pero la palabra se utilizaba en español desde mucho antes, al menos, según la opinión general, desde cuando por tango parece que se designaba una fiesta y baile de negros o de gente del pueblo. Así se indica en todos los diccionarios.

Según Corominas, la primera documentación es de 1836, en un diccionario de voces cubanas, donde el tango se define como *reunión de negros bozales para bailar al son de sus tambores y otros instrumentos*. Salvá, en su diccionario (ed. 1847), lo da como *baile de gente del pueblo* en México. En el diccionario de la Academia española está ya en 1869, como *reunión o baile de gitanos*, hasta que en 1899 se sustituye por *fiesta o baile de negros o de gente del pueblo, en América, y música de este baile*.

Ya en nuestro siglo, Pagés habla de la acepción actual, de baile de sociedad argentino, registrada por la Academia en 1925, con ejemplos tomados de la Pardo Bazán y de una escritora murciana o andaluza Osete, quien compara el tono triste del tango argentino con la alegría del “tango andaluz” (comp. El “baile de gitanos” de Acad. en 1869).

Me importa detenerme, para sostener mi hipótesis del origen germánico, en este último dato, de donde se desprende que el nombre del tango argentino, lejos de ser especialmente rioplatense, ni exclusivamente americano en su origen, puede relacionarse, no sólo con las reuniones populares de baile, sino también con el complejo y abigarrado mundo de los gitanos y, más ampliamente, con el gran crisol de pueblos que fue Andalucía.

Como he demostrado en otras ocasiones, en estudios dedicados a los goticismos del rumano y de otras lenguas neolatinas, los gitanos fueron, por muy raro que parezca, los transmisores de muchas voces de otra comunidad marginalizada en Europa durante la Edad Media, la del gran pueblo de los godos, que, después de haber dominado política y aún culturalmente vastas zonas del continente, fue absorbida por la población de lengua romance y, al triunfar el catolicismo en la Península Ibérica con Recaredo, parte de ella,

formada por los que quedaron fieles al arrianismo, fue perseguida y obligada por las circunstancias a mezclarse ya con los gitanos, ya con los hebreos.

Volviendo a las hipótesis tradicionales, siempre siguiendo a Corominas, por lo general, se suele tener en cuenta la relativamente temprana aplicación de la voz a los bailes de negros y se parte del tango cubano, en base a la autoridad de Fernando Ortiz, para derivar la voz de una palabra africana, *tamgu* o *tuñgu*, que significa “bailar”; sin embargo, Corominas rechaza esta etimología, ya que dicha palabra tiene una difusión meramente local entre los idiomas bantúes, y le parece más “verosímil” que se trate de una onomatopeya expresiva del tañido grosero del tambor.

La “solución” de las onomatopeyas es siempre la más fácil, pero, a pesar de la habitual escrupulosidad con que procede Corominas, este caso tan arduo no le deja otra salida.

Además, lo que le inclina a creer en una creación onomatopéyica antes que en un africanismo es que la palabra *tangue* se empleó ya en Normandía en el siglo XV como nombre de cierta danza. Corominas no cree, por supuesto, que haya relación directa entre esta palabra dialectal francesa y el tango español, pero sigue con su (en mi opinión, ingenua, además de cómoda) hipótesis de una “creación paralela con iguales elementos onomatopéyicos”, lo que me parece muy poco probable. Fijémonos, en cambio, en que la palabra es normanda, lo que apoya mi hipótesis del origen germánico.

Antes de volver a la hipótesis del origen gótico, queda por rechazar, como filiación directa, el latín *tangere* “tocar” por las serias dificultades fonéticas que plantea. Sin embargo, aún sin ser el étimo directo, la voz latina pudo influir en la configuración del vocablo *tango*, por intermedio del gallego *tánguer* “tocar, toque, música”, aceptable fonéticamente, pero poco probable según Corominas por no estar el tango arraigado en Galicia.

Aquí bien podría invocarse el antes mencionado concepto de etimología múltiple, que siempre ha de tenerse en cuenta en casos como el que nos ocupa, de una voz compleja y de mucha vitalidad, en cuya formación suelen confluír varias fuentes.

Por lo demás, la misma transformación, en Galicia, del latín *tangere* en *tanguer*, especialmente, con la última acepción “canto”, pudo haberse

producido debido al cruce con *tuggs* “lengua”, el étimo gótico que propongo para *tango*. Se sabe¹ que

*después de la invasión musulmana, siendo Galicia una zona apartada y segura, sirvió de refugio a buena parte de la nobleza visigoda fugitiva: Galicia ofrece la mayor densidad de nombres geográficos germanos de toda la península.*²

Con esto hemos llegado a lo que ofrezco como nueva (que yo sepa al menos) hipótesis etimológica: la voz gótica *tuggs*, con pronunciación *ng*, a la manera griega, del grupo *gg*.

No hace falta insistir sobre la importancia que tuvo el período visigótico en la historia de España, ni sobre la influencia que ejerció en las costumbres de la sociedad hispánica, aún después de la derrota del rey Rodrigo, la capa superpuesta de la nobleza goda que emprende la Reconquista.

Todo esto me hace suponer que *tango* es una palabra muy antigua, tan antigua que puede remontarse a la época del dominio visigótico. Cierta connotación peyorativa fue probablemente una adquisición más tardía, cuando se produjo la dispersión de los godos arrianos perseguidos, que decayeron socialmente, y parte de ellos conocieron un proceso de agitanamiento en la España musulmana.

Los acentos tristes podían alternar con los de alegría, en aquel ambiente de “bajos fondos” de los vencidos, como manifestación popular de los tolerados mozárabes, que trataban de conservar su identidad mediante este canto y baile tradicionales.

Posiblemente más tarde pertenecería el vocablo a aquel grupo integrado por *gitanos*, *murcianos* y *gentes de mal vivir*, al que se refería una *ordenanza medieval*, con quienes no debían mezclarse los “hombres buenos”. (Algo de clases bajas y aún de “mal vivir” delictivo y “corazón oscuro” tendrá también el tango argentino, con dramáticos acentos de nostalgia y melancolía, siendo efectivamente, como observaba Osete, más “triste” que el andaluz, por ser el canto y el baile al que se agarran las gentes recién llegadas de Europa, sucesivas oleadas de esperanza y desesperación, que trataban de compartir así sus soledades. Y esto no sólo en su fase inicial,

¹ Sánchez Albornoz, Claudio, *España, un enigma histórico*, vol II.

² idem., p. 75

sino también más tarde, cuando se cosmopoliza , en la época de Gardel, con su *Melodía de arrabal* y su mismo origen arrabalero que asoma incluso en películas de ambiente “aristocrático” como *Luces de Buenos Aires*, por ejemplo).

El que el vocablo no haya sido documentado no es un impedimento serio para la presente hipótesis. Se admite generalmente que, cuanto a la fecha de su primera aparición en textos escritos, es seguro, al tratarse de palabras latinas o hereditarias (como los goticismos del español), que la fecha del vocablo suele ser anterior a la documentación en muchos siglos.

En español, *tango* sería precisamente una de estas palabras hereditarias (cuyo étimo es el gótico *tuggs*), ocultas durante siglos y sin conseguir que se oyera su “lengua” en los medios cultos que son los de la documentación escrita; una palabra plebeya, que vivió escondida por algún tiempo, como el río Guadiana, para salir de nuevo a la superficie con más pujanza y desembocar primero en el alegre tango andaluz y luego, en el Nuevo Mundo, en el triste tango porteño.

En gótico *tuggs* significa “lengua”, como ya hemos visto, la lengua que nos permite hablar. En el Evangelio según Marcos, cuando Jesús aparta a un lado al esperanzado sordo y ciego, le mete los dedos en los oídos, le toca la lengua con Su saliva y le dice ¡Efata! (¡Abrete!); entonces *al momento, los oídos del sordo se abrieron, y se le desató la lengua y pudo hablar bien* (Mc, 7, 35), lo que en gótico es: *Jah sunsaiv usluknodedun imma hliumans jah andbundnoda bandi tuggons is jah rodida raihtaba*.

Pudo hablar bien porque se le desató la lengua, como la expresión del alemán de hoy “mit der *Zunge* schralzen”. En apoyo a la capacidad de sobrevivencia “callada” o “invisible” de esta voz- que es propiamente la voz de “lengua”- conviene recordar su condición de vocablo perteneciente al fondo principal léxico, como también la abundancia de derivados y modismos en el alemán actual: “der Ausdruck liegt mir auf der *Zunge*”, o bien, en sentido figurado: “eine glatte *Zunge* haben” o bien: “das Herz auf der *Zunge*”, para caracterizar al hombre sincero, abierto, que tiene en la lengua (y suelta o canta) lo que también tiene en el corazón. De lo que está lleno el corazón habla la boca. O como nos recomienda San Pedro: *quien quiera amar la vida y pasar días felices cuide su lengua de hablar mal y sus labios de decir mentiras* (I, 3, 10).

Otras lenguas germánicas también confirman los significados que persisten en el alemán y que heredan, en parte al menos, el contenido que la

voz tenía en el germánico antiguo o común, del que derivan las lenguas germánicas modernas.

Un argumento más (y muy fuerte) a favor de esta hipótesis del origen gótico de la palabra *tango* es la persistencia del étimo *tuggs* en otra lengua neolatina, el rumano. Bien se sabe que, antes de llegar, en menos de cuarenta años, de la Europa Oriental (la antigua Dacia, luego Gotia), al sur de Francia y luego establecerse en la Península Ibérica, los visigodos convivieron durante casi dos siglos con los dacios romanizados, en una simbiosis lingüística que ha dejado muchas huellas en la lengua rumana.

La palabra rumana *tânguire*, derivada también de *tuggs*, significa “plañido, lamento, quejido, clamoreo”, y en el rumano antiguo significaba también “pena, aflicción, pesadumbre”. Conviene saber, además, que pertenece al fondo principal léxico y posee numerosos derivados: *tângui*, *tânguire*, *tânguios*, *tânguitor*, etc.

Tiene además *tuggs* otro derivado en rumano, con la sonorización de la t primitiva: *dangăt*, que significa “lengua o badejo de campana”, que es también uno de los significados, al que no me he referido antes, pero conviene hacerlo ahora, de la voz alemana *Zungel*, que designa, además de “lengua” como órgano que emite los sonidos de la voz, el badejo con que se hace sonar un instrumento de viento, así como la lengua o espiga para hacer sonar la campana.

Se sabe que los romanistas se sirven del rumano siempre que quieren probar si una voz de una lengua neolatina occidental es o no es antigua. Como en el Oriente europeo no se utilizó oficialmente el latín como lengua de cultura, al menos desde el siglo VII, cuando fue sustituido primero por el griego y más tarde, en algunas áreas, por el eslavo, la existencia de una palabra en una de las lenguas romances del Occidente y también en el rumano, que representa lo que queda de la romanidad oriental, constituye la prueba irrefutable de que es palabra heredada, y no cultismo (si obedece, por supuesto, a las leyes de transformación fonética), en la lengua neolatina respectiva del Occidente.

Tango sería, pues, una de estas palabras españolas antiguas, heredada del gótico, y la presente hipótesis llenaría uno de los vacíos ante los cuales nunca podemos (al menos si somos lingüistas) dejar de experimentar una sensación de vértigo o en todo caso cierta molestia por las inquietantes incertidumbres sobre instrumentos a veces tan enigmáticos de nuestro quehacer cotidiano que es el hablar.

No hay que olvidar que para el español la lengua gótica es una de las lenguas próximas y afines (por indoeuropea), que dejó, además, un importante superestrato en el período de convivencia con el latín peninsular y que permite reconstruir en gran parte los hechos (realidades y vocablos) borrados por la acción del tiempo. Es perfectamente lícito, en casos tan complicados como es el de la voz *tango*, que los etimologistas propongan nuevas hipótesis verosímiles. Y porque resulta objetivamente imposible llegar a tener una certidumbre, nos contentamos con poder afirmar que es muy probable que una voz de origen oscuro o dudoso como *tango* provenga, por un trayecto lleno de peripecias, del lejano gótico *tugg*.

O, por los menos, dejadme hacer esta suposición más digna y aleccionadora, capaz de satisfacer la exigencia o del deseo del hombre de que las cosas del mundo (y por supuesto los nombres con los cuales las designamos) funcionen de una manera más solidaria, más compacta, y de que haya en el mundo más traducción, más conservadurismo y más continuidad.

En lugar de suponer cómodamente, para tranquilizar nuestra conciencia o poder rechazar la posible acusación de no haber procedido con prudencia y rigor científico, que estas voces de origen oscuro, como *tango*, serían meras formaciones onomatopéyicas o aun “caprichosas”, como se suele decretar que son muchos vocablos de la germanía, es preferible arriesgarnos por mares nunca antes navegados.

Tango bien podría ser una de estas palabras de la jerga de la gente del pueblo, un germanismo conservado principalmente a través de los godos arrianos venidos a menos y mezclados con “gitanos y gentes de mal vivir”, porque en la jerga el sentido no es siempre y necesariamente una deformación de la significación genuina o verdadera de la palabra del lenguaje corriente, sino al contrario, diría, muchas veces es una conservación fiel de la significación genuina y verdadera, porque los marginalizados suelen ser conservadores y depositarios de preciosas antigüedades. Del babelismo superviven a veces idiomas que contienen en su entraña herencias actuales de lenguas precedentes.